CARNAVAL

I.

Los cuerdos se diferencian de los locos en que aquéllos no dicen más que lo que les conviene, y éstos todo lo que piensan.

El hombre que ejecuta todo lo que se le ocurre, es un loco : á unos se les declara dementes, á otros calaveras.

La cordura no consiste más que en vencer la propensión que todos tenemos á perder el juicio.

El Carnaval puede servir de estudio, porque no es otra cosa que una licencia tradicional para que se pueda perder el juicio durante tres días cada año.

Si se considera bien, el mundo es un perpetuo Carnaval. Los tres días de que hablamos, son la condensación, la síntesis de toda la vida humana.

Las bromas empiezan en el paraíso : el primer disfraz es una hoja de parra.

Desde entonces la careta es indispensable.

La careta no es siempre un pedazo de cartón ó de tela que cubre el rostro ; usualmente es un rostro que cubre un alma.

Yo no sé quién ha dicho que la palabra es el disfraz de los pensamientos : esto equivale á fingir la voz : el traje puede ser cualquiera.

Así se abre el mundo como un libro que contiene una colección completa de artículos de Carnaval.

La historia no es más que una serie de bromas más ó menos pesadas.

La diferencia que hay entre el Carnaval del mundo y el Carnaval del año, consiste en que en el primero se finge la formalidad, y en el segundo se finge la locura.

¡ Contraste singular! Nada más risueño que el rostro de las gentes; nada más serio que una careta; nada más movible y animado que el rostro humano; nada más frío y más impasible que una cara de cartón.

Con la cara propia se hacen y se dicen con mucha formalidad las mayores locuras, y con la careta se dicen y se hacen locamente las cosas más graves.

Se cambia de modo, y nada más ; mejor dicho : se cambia de estilo.

Cuando una mujer , después de habernos embromado mucho, se quita la careta , decimos : «Qué torpe! ¡ Y no la he conocido !»

¡ Cuántas veces repetimos esas mismas palabras en el curso ordinario de la vida !

¿ Qué sucede en un baile de máscaras? Nada extraordinario.

Que el padre no conoce á su hija , ni el marido á su mujer, ni el hermano á su hermana , ni el amigo á su amigo.

Pues bien : eso mismo sucede en el mundo.

Si todos se conocieran perfectamente, no habría engaños , esto es , no habría bromas posibles.

El chasco sería una utopía.

Pero nadie sabe el encanto que tiene una cara que no se ve.

¡ Qué dulce es siempre una voz disfrazada!

¡ Cuánta seducción hay en todo lo que no conocemos !

Por eso deben ser muy felices los ignorantes.

Trescientas músicas recorren la capital, de sol á sol , dando la ingeniosa broma de pedir dinero.

Podemos decir que en estos días, en que se cierran los talleres y se abandonan las fábricas , y no hay ni tribunales , ni escuelas , la bolsa continúa abierta.

Así empieza y así concluye.

Se puede añadir una observación, que está en el mismo orden de ideas , y que prueba la animación de esta fiesta , en que la especie humana se tapa el rostro para darse á conocer.

La abundancia de las máscaras puede medirse así :

No hay cosa que no sea más cara.
Las sillas del Prado, más caras.
Las entradas de los teatros, más caras.
Las berlinas, más caras.
Las fondas, más caras.
Las caretas, más caras.
Algunas bromas, muy caras.

También se distingue el Carnaval de Madrid en la propensión que tienen los hombres á vestirse de mujeres.

Recomiendo esta inclinación casi general, por si puede encontrarse en ella un síntoma de adelanto.

Lo raro para mí no es sólo que se disfracen de mujeres, sino que se vistan tan bien como ellas.

Algunos lo hacen con tanta perfección, que el juez más grave se encontraría indeciso entre condenarlos á servir al Rey ó buscarles maridos.

Han ocultado tan perfectamente que son hombres, que merecen no serlo.

¿Qué significa esa moda?

¿Se avergüenzan los hombres de ser hombres?

¿Qué daño les han hecho las mujeres, para que las dejen solas en el mundo?

¿Acaso no están conformes con el sistema establecido por el gobierno de la naturaleza, y aprovechan la ocasión oportuna para hacer dimisión de su sexo?

¿Ó es que hay en Madrid más mujeres y menos hombres de los que constan en la matrícula del vecindario?

Las mujeres deben desconfiar de los hombres que se disfrazan de mujeres, porque ellos deben conocerlas; aunque, si se visten así por adularlas, la verdad es que no las conocen.

Sea como quiera, ello es que dos mil coches forman un cordón desde Atocha á la Fuente Castellana, y sesenta mil almas apiñadas en el Prado, poco más ó menos como estaremos en el valle de Josafat, se divierten muy juiciosamente con la locura de los demás. Así se tiene una idea confusa de esta fiesta de todo el año.

Tener una idea confusa, es tener una idea exacta, porque durante el Carnaval todo es confusión.

Antes se celebraba una ceremonia fúnebre, que tenía lugar el Miércoles de Ceniza; era lo que aún se llama el *entierro de la sardina*.

Esta ceremonia se verificaba en el Canal. ¡Qué bien dispuestas estaban las cosas!

El Canal era el sitio elegido por la mayoría de los suicidas; ahora es el viaducto.

Así es que nadie decía: «Me mato», sino «Me tiro al Canal».

El agua, en ese cauce cenagoso, estaba sucia como la conciencia de los que á él se arrojaban, y no corría, como si estuviera esperando víctimas. Digamos, en su obsequio, que se ha cegado para no ver lo que allí pasaba.

En este sitio era el entierro de la sardina, esto es, el entierro del Carnaval. Ya no se entierra; se ha hecho perpetuo.

Allí iba á morir, con sus vicios, con sus pasiones, con sus miserias, con sus disfraces, con su desorden, hasta con su alegría, lo mismo que los que van á suicidarse.

Entonces, como ahora, no hay más que apartar la algazara de ochenta mil personas que acuden á la fiesta, y debajo se ve la muerte y la desesperación, como debajo de la piel más brillante hay un esqueleto.

Todavía queda el baile de *Piñata*.

Está dentro de la Cuaresma, como una tentación dentro de un alma arrepentida, como una mancha en un vestido blanco.

Para los placeres humanos no hay nada respetable, porque son la locura de los hombres cuerdos.

II.

Carnaval: ésta es una época del año en la que debe suceder algo muy vergonzoso, puesto que todos tenemos particular empeño en taparnos la cara.

Parece como que el placer, semejante á Eva, cae en la averiguación de que ha perdido la inocencia, y se apresura á ocultarse detrás de una careta.

Nada más curioso que ese espectáculo de la multitud, en el que cada cual quiere mostrarse sin ser visto.

Esta locura de tres días no es más que un tejido de bromas.

Broma, aquí, es una palabra cuya significación puede ser muy seria.

Tan seria como es la palabra *juego*, siempre que los hombres tratan de sacarse el dinero unos á otros, sentados todos alrededor de una mesa.

Muchas veces, por uno de esos caprichos inexplicables de la lengua, se aplican las palabras más frívolas á las ideas más graves.

Sólo Dios sabe las lágrimas que puede contener una broma carnavalesca.

Bien mirado, el Carnaval no es otra cosa más que un cambio de forma.

Son tres días en los cuales sucede lo mismo que en el resto del año, con la única diferencia de que en esos tres días se ocultan las caras, y en el resto del año se ocultan las intenciones.

Hay una cosa que hace iguales á las mujeres honradas y á las mujeres deshonestas, y es el pedazo de tafetán puesto delante de los ojos.

Obsérvese un contraste digno de estudio.

Las mujeres más libres son las que menos quieren parecerlo.

Por eso el gran peligro que hay para toda mujer en cambiar de vestido y de cara, está en la probabilidad de que se olvide de quién es.

El pudor es el freno de las mujeres.

Dios lo ha puesto en la cara, como la mirada en los ojos, como la sonrisa en los labios, como el sol en el cielo.

Cubrirse la cara es lo mismo que echar un velo

sobre la vergüenza; porque todavía no se ha descubierto que un pedazo de tafetán, de cartón ó de cera se tome el trabajo de avergonzarse por nada.

Está definitivamente averiguado que las caretas no tienen pudor ninguno.

La revolución francesa, siempre que iba á dar al mundo el espectáculo de sus grandes bromas, tomaba la precaución de cubrir con un velo la estatua de la ley.

Como esto lo hacía con mucha frecuencia, bien sumada aquella historia, sólo da por resultado un sangriento Carnaval. La ley se presentaba allí casi todos los días con careta, por cierto instinto de pudor que la obligaba á avergonzarse.

Y es el caso que, al anunciarse que se iba á cubrir la estatua de la ley, la Francia temblaba ante la perspectiva de aquella broma de Carnaval que se le venía encima.

Porque eran bromas magníficas, en las que á los hombres más serios, á los niños más inocentes y á las mujeres más honestas, les era muy difícil no perder la cabeza.

Pues bien: desde el momento en que una mujer resuelve echar sobre su pudor el velo de una careta, empiezan á temblar el padre, ó el marido, ó el hermano, ó el amante, á no ser que tiemblen todos á un mismo tiempo.

Una mujer que oculte su semblante detrás del velo de la mantilla, inspira respeto; puede ser por comodidad, lo cual es indiferente; puede ser por

pudor, lo cual es respetable, y puede ser por tristeza, lo cual es más respetable todavía.

Una cara tapada en Carnaval representa todo lo contrario: no es comodidad, no es pudor, no es tristeza.

Un velo y una careta son dos cosas que tienen un solo uso: ambos sirven para tapar la cara.

Guiados por estos dos distintivos, podríamos pensar que una máscara y una monja vienen á ser una misma cosa.

En efecto: ambas ocultan el rostro debajo de un pedazo de tela; solamente que la una lo hace por austeridad y la otra por placer.

La una se oculta, la otra se enseña.

La primera lo hace, porque se avergüenza; la segunda, por no avergonzarse.

El corazón de la mujer se desfigura debajo del disfraz, como su rostro debajo de la careta.

¡Qué broma sería para un padre, para un marido y para un amante, si pudieran ver lo que pasa en el corazón de la mujer en el momento en que pierde la responsabilidad de su semblante!

Les sería difícil conocerlo.

Porque la inocencia toma al momento el color verde de la malicia, la timidez se convierte en audacia.

Y bien: políticamente considerada la cuestión, la careta es un derecho que han conquistado las mujeres para poder ser libres.

Viene á ser la barricada detrás de la que, ha-

ciendo fuego con los ojos, se conquistan el bien supremo de la libertad.

Ellas no quieren más cadenas que las de sus relojes, ni más lazos que los de sus vestidos.

El matrimonio es un yugo, los hijos un tributo, el padre un déspota, el marido un tirano.

Convengamos en que para pensar todo esto, la que llegue á pensarlo tiene necesidad de taparse la cara.

De otro modo', se avergonzaría.

Porque se trata de una libertad que no se atreven á desear más que en esos momentos fugitivos en que, ocultas detrás de una careta, se consideran otras.

Necesitan cambiarse, por decirlo así, para querer ser libres.

Es un derecho que no se atreven á reclamar bajo su firma, esto es, bajo su cara, porque la cara es la firma de la mujer.

El Carnaval es una revolución, en la que las mujeres no tomarían parte si no les fuese permitido disfrazarse.

Es raro esto : quieren ser libres sin que nadie lo sepa.

Además de ser raro, es triste : ellas se avergüenzan de la libertad que la careta les consiente.

Ó, mejor dicho, el ser libres es una cosa que no la consideran más que como una broma.

El hombre ha tenido la candidez de tomarlo en serio.

Se ha declarado libre, y, lo que es peor, se lo ha creído.

De todas las maneras, el Carnaval es una gran ventana, á la que todo el mundo asoma sus desdichas.

Son tres días en los que toda una época se pone de acuerdo, y dice : «Vamos á que se nos conozca á todos como somos». Y para que se les vea bien, se tapan la cara.

Es como un velo que se descorre, detrás del que se ocultan dos grandes tendencias de nuestros tiempos.

Las mujeres quieren ser libres, y los hombres se despepitan por vestirse de mujeres.

Me asalta de repente una consideración.

No es el espíritu muelle y afeminado de la época el que empuja á los hombres hacia el guardarropa de las mujeres, no ; la causa es otra ; debe de ser un golpe maestro de su instinto ; es que se preparan contra las contingencias de lo por venir. Ellos han debido caer en la siguiente cuenta :

El día en que las mujeres sean libres, ¡quién se atreve á ser hombre!

III.

Á pesar de todo lo dicho, aún no hemos llegado al verdadero Carnaval; el gran bromazo, el golpe maestro de esta función estrepitosa, viene ahora.

Consiste en el placer disfrazado de piedad, en el lujo con cara de pobre, en el vicio con careta de virtud.

Es una broma que damos á nuestra propia conciencia; es que nos valemos de nuestros mas bellos sentimientos como un recurso para prolongar nuestros placeres.

Hablo de esos bailes, de esas fiestas de máscaras que después del Carnaval, y tomando el pretexto de los pobres, se nos suelen anunciar ruidosamente como un acto de piedad en santificación de la Cuaresma.

Modo encantador de hacer bien. Especulación sentimental, en la que se hace objeto de alegría la cosa más triste del mundo.

El cálculo, tomando un poco de la miseria y un mucho de los placeres, ha combinado el siguiente brebaje, medio dulce y medio amargo.

Ha dicho: «Hay seres que no tienen pan; ¡qué lástima! Pues bailemos».

Un sentimiento pudoroso ha venido á mezclarse también á esa pócima, y el cálculo filantrópico ha extraído de ella esta quinta esencia:

«Hay seres que están desnudos; ¡qué vergüenza! Pues tapémonos las caras.»

He aquí por medio de qué química humanitaria se ha llegado á esta conclusión:

«Entreguémonos á los placeres, para que los pobres no se mueran de hambre.»

Ó de otra manera más filantrópica todavía:

«La pobreza es un tierno motivo de diversión pública.»

Pensemos algo más sobre esto.

La limosna, bien considerada, es una cantidad que se extrae de nuestro bolsillo por medio de ese deber que todos tenemos de socorrer á los pobres.

Esta cantidad no tiene retribución, y en estos tiempos de economía, la caridad viene á constituir una especie de despilfarro, que está en contradicción con los adelantos del siglo, y, por consiguiente, era preciso vaciar ese sentimiento cristiano en el molde de la civilización moderna.

Aquí asomaron naturalmente la cabeza los bailes de máscaras y las casas de juegos prohibidos, como dos platillos dispuestos á recibir, digámoslo ingenuamente, la limosna del placer y del vicio, y resultaron al punto empresas de placeres y sociedades de vicios, encargadas de socorrer á los pobres.

Las palabras tienen más sentido común que los hombres. Ved lo que resulta:

Un baile de máscaras en obsequio de la miseria pública, y en medio de la Cuaresma, tiene que ser un baile piadoso.

Una casa de juego en la que la autoridad pone, como la señal de su protección, el cepillo destinado á los pobres, tiene que ser oficialmente un santo garito.

Convengamos en que la idea es más honda de lo que parece, pues los placeres y los vicios son los

que hacen más pobres, y, por lo tanto, nadie como ellos está obligado á mantenerlos.

Todavía el caso es más profundo.

El que va á un baile de máscaras dado á beneficio de los pobres, ó entra en un garito, se ve obligado, por su amor á los placeres y por su pasión al juego, á hacer, ante todo, una limosna, porque el secreto de la combinación viene á consistir en que el pobre especule, á pesar suyo, con los placeres y los vicios ajenos.

Y al mismo tiempo, el que entra en uno de esos bailes ó en uno de esos garitos, compra la satisfacción de sus placeres y de sus vicios, y de este modo hace una limosna que no le cuesta nada, á no ser que bailando pierda la salud y el decoro, ó jugando se quede sin decencia y sin dinero.

La filantropía es así; es inglesa, y tiene que ser calculadora.

Este es verdaderamente el gran Carnaval.

UNA COSA CASI IMPOSIBLE

Aplicando la geometría á la ideología, acabo de encontrarme frente á frente con toda la curiosidad que se encierra en la siguiente pregunta:

¿Qué distancia hay de una idea mala á una idea buena?

Mi cálculo arroja repentinamente á mis ojos esta respuesta: la misma distancia que existe entre todo lo que es fácil de hacer y todo lo qué es muy difícil de realizar.

Idea buena es la que encuentra obstáculos por todas partes: idea mala la que entre todas las ideas encuentre menos inconvenientes para realizarse.

El hombre que sienta en su cabeza el impulso de una buena idea, casi puede asegurar que se le ha ocurrido un imposible.

Conozco muchos hombres que se hubieran ca-

sado ya, si hubieran tropezado con la mujer que buscan para madre de sus hijos; pero no conozco ninguno que haya querido amancebarse, que no haya encontrado en el acto la manceba que le había pintado su deseo.

Una idea buena es casi una utopía.

Las cosas se han dispuesto de manera, que es tan fácil hacer mal, como difícil hacer bien.

Esta es una observación que se halla profundamente grabada en el ánimo de todos.

Espárzase por Madrid un día la noticia de que F. ó P. ó N. ha renunciado á sus vicios, á su opulencia y á su fortuna, en obsequio de la virtud, de la decencia y de los pobres.

Semejante noticia circulará como circulan los duros falsos.

Unos pocos la oirán encogiéndose de hombros, como si quisieran decir: «Puede ser».

Algunos más dilatarán sus labios con esa sonrisa que no es más que una mueca, y que siempre es la expresión muda de este monosílabo: «Ca».

La mayor parte apartarán la cabeza con enfado, como si la noticia fuera un tormento para sus oídos, y exclamarán con todo el aplomo de su incredulidad ofendida: «¡Eso es imposible!»

Pero he aquí que el rumor se confirma, que las palabras se han transformado en hechos, que la noticia es cierta, evidente, incontestable.

Ya no hay forma de decir «puede ser», ni «ca», ni «eso es imposible».

La incredulidad parece que ha perdido hasta el último refugio, y cualquiera la considerará desarmada y vencida.

No sucede eso.

La incredulidad es siempre la misma; cambia de posición, varía de armas, y sigue no creyendo.

Lo que he dicho es cierto: es indudable que F., H., P. ó N. ha renunciado á sus vicios, á su opulencia y á su fortuna.

Sí, señor; todo eso es verdad; pero hay que convenir en que ese hombre se ha vuelto loco.

Ó en que dentro de todo eso oculta alguna idea, algún propósito que el tiempo descubrirá.

F., H., P. ó N. es un hipócrita, ó ha perdido el juicio.

¿Habrá llegado á ser inverosímil la generosidad, la abnegación, la virtud?

Pero vuélvanse las cosas del revés.

F., H., P. ó N. ha envenenado á su mujer, ó ha robado á su padre, ó ha falsificado un testamento.

Esta es, por ejemplo, la noticia que corre de boca en boca, de corro en corro, de casa en casa.

El suceso parece tan natural, que apenas hay quien lo dude: todos lo creen.

De veinticinco, siete, por lo menos, se horrorizan para darle al asunto más interés, esto es, más autenticidad.

Cuanto más interés inspira una cosa, tanto más deseo hay de creerla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Tengo observado que cuando se quiere creer una cosa, se cree, por absurda que sea.

La voluntad suple en la generalidad de las gentes al entendimiento, y el deseo á la razón.

Así es, que la terrible noticia del envenenamiento, del robo ó de la falsificación, no necesita ningún género de prueba: basta con que corra.

Las noticias de esta especie son como las onzas de Carlos III; se toman sin que á nadie se le ocurra la sospecha de que alguna puede ser falsa.

¿En qué consiste tanta incredulidad y tanta credulidad?

Seguid á la multitud un día en que, guiada por el sonido de las campanas, acude presurosa á un extremo de Madrid á presenciar el brillante espectáculo de un incendio.

Vedla desembocar por tadas las calles al mismo tiempo, con esa ansiedad, con ese bullicio que en Madrid despierta todo espectáculo.

Pero he aquí que al llegar al sitio de la catástrofe, se encuentra con que no hay catástrofe.

Los ojos de un gato brillando en la obscuridad de una buhardilla, han asustado á una pobre mujer.

Su miedo ha escogido el grito más agudo, el que más pronto había de poner en movimiento á los vecinos.

Porque el miedo es un valiente que usa siempre el arma que más hiere, la palabra que más suena.

La pobre mujer había bajado la escalera gritando: *¡fuego!*

Esta voz, repetida por cincuenta bocas, había llegado á las campanas.

El miedo, lo mismo que la alegría, son enfermedades de carácter contagioso.

Al llegar la multitud, se encuentra con que no hay fuego.

Todo desengaño es amargo, y la multitud siente haber sido engañada.

Esto es natural.

Analícese bien ese sentimiento, y se verá lo que hay oculto en el fondo.

Obsérvese que la multitud experimenta cierto pesar, cierto fastidio, cierto desencanto, que, indudablemente, la existencia del fuego le hubiera evitado.

Esto es evidente.

Profundizando un poco más, caemos en esta sima.

La multitud siente en aquel momento que no haya habido fuego.

Decídselo así, y no lo creerá; pero eso es lo que siente.

Ponga cada uno la mano sobre su corazón, y diga si no ha experimentado alguna vez en lo íntimo de su alma un inexplicable descontento, al averiguar que la relación aterradora de aquella catástrofe que tanto le había conmovido, ó el descubrimiento de aquel crimen que no puede recordar sin horror, han salido falsos.

Este es un fenómeno, en el que muchos no

creerán, porque son pocos los que descienden alguna vez hasta el fondo de las sensaciones.

Si se ajustara bien la cuenta, sacaríamos en limpio una cosa que parece imposible.

Veríamos que el hombre se engaña á sí mismo más veces que á los demás.

He aquí por qué nos resistimos desesperadamente á creer que F., H., P. ó N., no ha envenenado á su mujer, ni ha robado á su padre, ni ha falsificado ningún testamento.

¿Quién cree que es mentira una desgracia?

¿Quién niega su credulidad al relato de un crimen?

Pero si se trata de una virtud, de un arranque generoso, de un acto de desinterés ó de una abnegación, ¿quién lo cree?

Una idea buena es casi un imposible.

Alrededor de la mesa de un café os encontráis ocho hombres entretenidos en disecar la honra de una mujer.

Las mesas de los cafés son generalmente de mármol, como las pilas en que se hace la disección de los cadáveres.

Llegáis en el momento en que es más sangrienta la operación.

¿Tenéis valor para salir á la defensa de aquella honra despedazada?

Hacedlo, y veréis el desdén ó la compasión en todos los semblantes.

Los menos amigos os llamarán *inocente*; los que

tengan más confianza ó más descaro, os llamarán *tonto*.

También se os puede ocurrir que vuestra defensa animará la conversación y aumentará las proporciones del escándalo.

Si no sois un hombre de gran corazón, todo lo que haréis será oir y sonreiros de vez en cuando.

Si sentís algún escrúpulo, volveréis la espalda y os alejaréis de aquel foco de difamación.

Pero ¿queréis adquirir cierta celebridad?

Entonces tomad parte en la conversación; afilad bien un chiste que llegue á las entrañas.

Presentad el argumento estadístico que hacen siempre los que difaman á las mujeres, que consiste en la lista de todas las que ellos han perdido.

Yo sé muy bien que al hombre que, después de manejar por algún tiempo los caudales públicos, arroja á los ojos de la multitud el fausto de una gran fortuna, se le llama tunante y se le adula.

Y también sé que si ese mismo hombre se retira á su casa, pobre, primero se le llama tonto y después se le desprecia.

Digámoslo en dos palabras: la simple honradez ha llegado ya á ser un caso de heroismo.

BLONDIN

BIEN podemos decir que nos encontramos en estos momentos bajo la impresión de un grande asombro.

El ánimo se detiene suspenso ante el espectáculo verdaderamente maravilloso y extraordinario que ha aparecido en Madrid.

La fama, que corre de una parte á otra como una loca, vino, nada menos que del otro mundo, á comunicarnos la asombrosa aparición de un hombre extraordinario.

La cabeza, esa parte elevada del edificio humano, que, por ser la más alta, parece elegida y alquilada por la inteligencia para hacer de ella su natural domicilio, se dobla oprimida por la extrañeza del caso y por lo incomprensible del suceso.

Los hombros, acostumbrados á sufrir el peso de todas las cosas que caen sobre el hombre, se encogen oprimidos por la pesadumbre de este extraño prodigio.

Los ojos se abren ansiosos, como si buscaran un rayo de luz con que iluminar las tenebrosas profundidades del misterio.

Las bocas, á su vez abiertas, señalan en todos los semblantes el óvalo misterioso de esa letra que se ha elegido para expresar el grito mudo de la admiración.

¡Oh! He ahí la expresión de todas las fisonomías.

Esta admiración nace ante el sonido de una palabra, pronunciada de antemano por todos los órganos de la opinión pública como una profecía.

La profunda admiración que experimentamos, estaba anunciada como una función en perspectiva.

Vivimos en una época en que las esquinas y los periódicos son las avanzadas que marchan delante de la humanidad.

Á estos profetas es á quienes hoy confía sus secretos el reservado espíritu de lo que está por venir.

Por lo tanto, hemos tenido tiempo para reunir y preparar toda nuestra admiración ante la próxima realidad del suceso anunciado, como la mujer reune y prepara todos sus encantos para recibir al amante que siempre le tiene anunciado el secreto impulso de su corazón.

La mujer siempre tiene un amante en perspectiva.

Estábamos, pues, en el secreto.

La palabra había entrado y salido repetidas veces por todos los resquicios de la publicidad.

El anuncio había circulado una y otra vez por todos los rincones del público.

La palabra consistía en un nombre, que sólo á la Academia de la lengua corresponde averiguar si es un nombre propio, y que apareció iluminado por todos los rayos de una inmensa celebridad.

Los periódicos, escalonados desde la antesala hasta la puerta de la calle, como los lacayos de un gran señor, abrieron todas las mamparas del estrado público, y gritaron: «¡Blondin!.... »

La voz corrió tan rápidamente, que parecía que iba huyendo.

Poco después apareció Blondin.

Blondin es un hombre verdaderamente extraordinario; su grandeza es de tales dimensiones, que no cabe en ningún teatro; es un prodigio que, para desarrollarse, necesita el espacio.

El hombre más grande se ve obligado á levantar mucho la cabeza para mirar á este hombre.

Preciso es confesar que no hay quien raye más alto; sus pies aparecen á ciento ochenta palmos de distancia sobre todas las cabezas de los demás hombres.

Blondin anda sobre el aire con más seguridad que nosotros sobre la tierra.

Á pesar de la poderosa ley del progreso, que tan resueltamente nos empuja, en presencia de tan estupendo caso no hay más remedio que pararse.

Pararse es reflexionar.

La historia es un camino sobre el que se levan-

tan de trecho en trecho, como piedras miliares, las colosales figuras de los grandes hombres.

Cada orden de sucesos extraordinarios tiene su señal, su piedra gigantesca puesta en el camino del género humano.

Cada época tiene su grande hombre.

El asombro que Blondin causa, despierta en la imaginación espantada un orden de hechos análogos, que marcan los grandes pasos dados por el hombre sobre la tierra.

Para tropezar con el principio de la cadena de que Blondin es el último eslabón, hay que remontarse á los primeros tiempos de la historia.

¡Oh dolor! Hay que retroceder.

Noé es la primera figura que se destaca, pasando con toda su familia sobre las revueltas aguas del diluvio.

Detrás de Noé, está Moisés pasando el Mar Rojo.

Como no se tomen en cuenta los inmensos trabajos que pasó Job, es preciso ir á buscar á Julio César para anudar el hilo de los grandes pasos.

Todo el mundo sabe que Julio César asombró á Roma pasando el Rubicón.

Aquí hay que dar otro salto formidable para encontrar el paso siguiente:

Colón pasa el mar desde las orillas de Europa á las orillas de América.

De Colón, no hay más remedio que continuar hasta llegar á Blondin, que pasa sobre una cuerda la catarata del Niágara.

He aquí el camino que hemos hecho, y el punto adonde hemos llegado paso á paso.

El orden es este: Noé, Moisés, Julio César, Cristóbal Colón y Blondin.

Noé fué el hombre extraordinario de su tiempo, Moisés la figura gigantesca del pueblo de Israel, Julio César el gran romano, Cristóbal Colón el gran marino. ¿Hay en estos momentos en el mundo un hombre que cause más justa, más universal admiración que Blondin?

¿Quién era Noé? Un patriarca. ¿Qué era Moisés? Un profeta. ¿Qué fué Julio César? Un general. ¿Quién era Colón? Un marino. ¿Qué es Blondin? Un acróbata.

Brilló Noé por su santidad, Moisés por su virtud, Julio César por su audacia, Colón por su genio: Blondin brilla por su agilidad.

Medida la extensión de esta maravilla por todo lo largo de la historia, debemos medir su profundidad por todo lo hondo de la filosofía.

Veamos: la filosofía, aplicada á la historia, me da esta medida.

Para que Blondin esté tan alto, es preciso que la especie humana haya bajado mucho.

La señal que marca la altura de nuestros tiempos es Blondin: ciento ochenta palmos debajo de él estamos los demás.

Blondin es el hombre verdaderamente extraordinario; no solamente produce admiración, sino que causa espanto.

Este hombre es algo más que un formidable acróbata.

Meditemos bien, y veremos que en su prodigio se encierra una gran lección práctica de profunda filosofía.

Desde la altura de ciento ochenta palmos, corriendo de un extremo á otro de la extensa maroma, dice Blondin á la multitud asombrada: «Necios, todo mi secreto consiste en que sé dominarme, en que he aprendido á ser dueño de mí mismo».

Como la verdadera filosofía ha huído de las Universidades y de los libros, ha tenido que meterse en el cuerpo de un titiritero y subirse á una cuerda para ilustrar á la muchedumbre.

La humanidad marcha.

Esto es indudable.

Veamos cómo se verifica esta marcha majestuosa y universal.

El gran movimiento se efectúa de esta manera.

Unos andan, y otros corren.

Parecía que humanamente era imposible ir más de prisa; pero ¡oh asombro! Blondin vuela.

Este hombre extraordinario debe estar ya cerca del umbral de ese paraíso humano á que tan precipitadamente nos dirigimos.

Le faltaba algo á nuestro siglo, y ya podemos decir que es el siglo del vapor, de la electricidad y de Blondin; el vapor es una fuerza, la electricidad un secreto; Blondin es un hombre.

LA CASUALIDAD

I.

He aquí una combinación de sílabas, por medio de las que el hombre ha formado una palabra de que se sirve para demostrar, á pesar suyo, que hay un orden de cosas, de ideas y de actos que está fuera de su alcance; que hay una vida sobre la suya, que siente y no conoce; que está, en fin, rodeado de causas que no ve, hasta que los efectos le salen al paso, lo paran y le dicen: «Mira».

Entonces el hombre abre los ojos, se pierden sus miradas en la misma obscuridad de lo que está viendo, y, en vez de doblar la cabeza y decir: «Misterio», alza la frente y exclama: «¡Casualidad!»

Si la lengua no hubiera acudido al recurso de esa palabra, el telar misterioso y complicado en que se tejen los sucesos que están fuera de nuestra previsión, no tendría nombre.